

Palabras para don Héctor Carvallo, el profesor

De hecho, recordar a Sócrates cuando él mismo hablaba o cuando escuchaba a otro es siempre, al menos para mí, lo más placentero de todo.
Platón, *Fedón*

La filosofía chilena, que en los últimos meses de estallido y crisis ha aparecido con una llamativa insistencia en los medios de comunicación, perdió silenciosamente a uno de sus grandes exponentes, el profesor Héctor Carvallo Castro, a causa de la Covid-19. Dadas las restricciones por el virus, su funeral se realizó apenas con la presencia de algunos familiares, sin que quienes fuimos formados por él hayamos podido acompañarlo por última vez. En estas líneas pretendo rendir un humilde y sentido homenaje no tanto a su persona o a su figura, sino más bien quisiera destacar el significado que su trabajo ha tenido para quienes tuvimos la fortuna de ser sus alumnos, algo que resuena de manera particular en esta época de teletrabajo, índices de productividad y planificación estandarizada de las actividades.

A diferencia de otras conocidas figuras de la filosofía nacional, el nombre de Héctor Carvallo es reconocido sobre todo por su quehacer docente, no por lo que haya publicado de original. El hecho de que en su bibliografía se cuenten sobre todo ediciones y traducciones de textos clásicos –principalmente de Platón y Aristóteles–, sirve como un testimonio externo de su interés didáctico, en el sentido más alto de la palabra. Puedo solo suponer que ese interés provenía de su dedicación apasionada a la lectura de la filosofía, al deseo profundo por volver a recorrer los caminos abiertos por los grandes pensadores y habitar en esos lugares cuanto fuera posible. Recuerdo que el profesor mismo, con la aguda ironía que lo caracterizaba, en alguna de sus lecciones asoció su pasión por la lectura a su nombre mismo: “Héctor, léctor. *Nomen est omen*”. Los seminarios que impartía, así como parte de sus clases de Filosofía Antigua, no eran sino ejercicios de lectura, en los que nos sumergíamos en las obras de Platón, Aristóteles, Bergson o Heidegger, sin mayor punto de apoyo que los textos mismos. Estos últimos se convertían en el único programa de curso, el único método, la única evaluación que podíamos esperar de esos seminarios. En este sentido, el profesor no pretendía enseñarnos nada, adherir a una línea de interpretación, hacernos entender el mundo actual tomando a partir de los textos ni, mucho menos, hacer alarde de su erudición o de su agudeza, a pesar de que todo eso era inevitable. Su trabajo docente consistía en obligarnos a que nos tomáramos el tiempo para que el texto nos atrapara, para que la letra por sí sola nos mostrara sus propios caminos, no los que la tradición posterior le impuso. Constantemente nos conminaba a estudiar griego, latín, alemán, a fin de leer los textos en el idioma en que fueron escritos, para que así

fuera más fácil reconocer cómo los autores entretejían sus obras en y con el lenguaje en que pensaban.

Así, nos enseñó a leer a todos al hacernos partícipes de su propia lectura, al compartir con nosotros las dificultades que surgen al adentrarse en los caminos de la filosofía. A pesar de que él era indiscutiblemente quien nos guiaba, en sus seminarios era uno más que se enfrentaba al texto, uno que más de una vez quedaba en aporía en medio de la lectura e intentaba salir de ahí de la mejor manera. Ante las diversas dificultades que presentaba el texto, las cuales surgían de manera inesperada, el profesor utilizaba todos los medios que había cultivado durante años, su familiaridad con las fuentes, su dominio de idiomas, su capacidad de análisis, para tratar de sortearlas. Si nos pudo enseñar tan bien como lo hizo, eso fue porque estaba aprendiendo con nosotros, volviendo una y otra vez a recorrer los textos que había visto en tantas ocasiones. Incluso cuando repetía los textos o volvía a explicar un término o un argumento, no había nada de prefabricado, tal como tampoco había un apuro por llegar al final de un pasaje o de un capítulo. Su completa libertad al momento de leer no era señal de improvisación ni de falta de método, al contrario, era expresión de un grado de preparación y dedicación tal, que podía dejarse llevar por el ritmo y las exigencias del texto. Cualquier intento por programar o definir de antemano los contenidos de cada sesión nos hubiera impedido penetrar lo que el texto tenía que entregar en esa ocasión, pero también porque es imposible prever qué va a ocurrir en el transcurso de la clase y de una sesión a la otra. La vida de todos quienes estábamos en torno al texto, nuestras dificultades, nuestras experiencias, todo eso se entrometía y a la vez enriquecía la lectura.

Si se le mide según los parámetros actuales, si se cuenta cuánto escribió, dónde publicó, cuál fue su índice de impacto, parece increíble que se hable del legado del profesor Carvallo. Si se pretende juzgar la calidad de su enseñanza sobre la base de evidencias tales como programaciones de clases o pautas de evaluación, resulta inexplicable que haya habido tantos estudiantes que eligieran formarse con él durante su carrera. Sin embargo, sus mismos estudiantes, muchos de nosotros investigadores y docentes que debemos responder a aquellos parámetros, podemos dar fe de que esa reducción cuantitativa de la labor del profesor de filosofía es incapaz siquiera de advertir la calidad de su trabajo y el gran vacío que queda ahora que ya no está. El profesor fue testimonio de que no hay pauta que pueda equipararse a la preparación rigurosa para hacer el trabajo, de que a veces es mejor dejar hablar a las grandes figuras en lugar de sucumbir a la vanidad de publicar sin que uno tenga mucho que decir. Con su ejemplo, don Héctor Carvallo nos inculcó un rigor intelectual basado en el estudio serio de las fuentes de la filosofía occidental, que no se conforma con explicaciones provisionarias

para salir del paso, y una pasión por el quehacer filosófico que considero que nos marcó para siempre.

Hablando ya a título personal, debo también reconocer lo mucho que me apoyó cuando decidí dedicarme profesionalmente a la filosofía y, asimismo, que cuando pasé por un período difícil conté con su ayuda sin que se la haya solicitado. Incluso después de que se jubiló mantuvimos el contacto, por teléfono y a veces en su casa, y siempre me preguntaba con interés “en qué estaba”. La última vez que nos encontramos, en el homenaje que le rendimos junto a otros colegas en la Universidad de Chile, no hablamos. Preferí que conversara con sus alumnos que no había visto hacía años y tampoco lo quería cansar más de la cuenta. Mal que mal, había ido a verlo a su casa algún tiempo atrás, y entonces sí conversamos. Pero me quedo con los siete años que fui su alumno en la universidad, con las tardes que leímos a Aristóteles y a Duns Escoto en su casa, con la vez que me fue a ver a mi casa en Curicó, con la visita que le hice con mis hijas pequeñas, y con su sonrisa de alegría al verme cuando me acercaba para ayudarlo a bajar las escaleras, mientras él entraba acompañado de su familia al salón donde nos reunimos para celebrar su legado.

Hernán Guerrero Troncoso
Universidad Católica del Maule, Talca, Chile
heguerrero@ucm.cl